El imperialismo de libre cambio

John Gallager

Ronald Robinson

(En William Roger Louis, *El imperialismo*, México, Nueva Imagen, 1980)

(…) Tratemos de utilizar ahora, tentativamente, el concepto de globalidad en la expansión británica, que fuera descrito más arriba, para determinar los principales aspectos de la historia de dicha expansión. Hemos visto que las interpre­taciones de este proceso se tornan contradictorias cuando se basan, exclusivamente, en criterios políticos. Si analiza­mos la expansión, tanto formal como informal, como un proceso único, ¿podremos afirmar que desaparecerán esas contradicciones?

El incremento del desarrollo industrial británico signifi­có nuevas demandas a su política externa. Exigió que se enlazaran las áreas no desarrolladas con el comercio exterior británico; al hacerlo, forzó el acceso a los mercados cerrados por el poder de otros monopolios extranjeros.

Como lo ha demostrado el profesor Harlow,[[1]](#footnote-2) la políti­ca británica fue activa en este sentido hasta perder las co­lonias en América, pero las mejores oportunidades se dieron durante las guerras napoleónicas. La posesión de las Indias occidentales, francesas y españolas, la expedición pirata a Buenos Aires en 1806, la toma de Java en 1811, fueron todos intentos de controlar nuevas regiones y obtener nue­vos recursos a través de la acción política. Pero esta polí­tica fue más allá de la simple irrupción; una vez dentro del territorio y habiendo garantizado la entrada de productos británicos -con las consecuentes implicancias políticas­- les era posible evitar que las puertas se volvieran a cerrar. Raffles, por ejemplo, rompió temporariamente el monopolio holandés sobre las especies en Java, e implantó el libre comercio en la isla. Posteriormente introdujo, de manera informal, la supremacía británica sobre las rutas comercia­les y la península malaya al fundar Singapur. En América del Sur, la política británica intentaba el control indirecto del comercio en esas nuevas regiones. La armada británica trasladó la corte portuguesa al Brasil después de la ruptura con Napoleón y el representante británico consiguió a cam­bio el provechoso tratado de comercio de 1810. Por éste las importaciones británicas pagaban un impuesto menor que las mercancías de la madre patria. Además, se le agre­gó una ventajosa cláusula: "El presente Tratado tendrá una duración ilimitada, y las obligaciones y condiciones explí­citas o implícitas en él, serán perpetuas e inmutables." [[2]](#footnote-3)

Desde 1810 en adelante, esta política tuvo mejores posi­bilidades que fueron aprovechadas. Los gobiernos británi­cos aprovecharon las revoluciones independientes para ate­nuar el monopolio español y para lograr una supremacía informal y una buena imagen que permitiera la penetración del comercio británico. Como dijo Canning en 1824, cuan­do se definió por la política de reconocimiento de las re­cientes naciones: "La América hispánica es libre, y si no cometemos errores, será inglesa."[[3]](#footnote-4) El objetivo subyacente de Canning era desbrozar el camino para posibilitar una prodigiosa expansión británica, creando\_un nuevo e infor­mal imperio, no sólo para equiparar el poder en el Viejo Mundo, sino para instaurar la influencia británica en el nuevo. Escribió triunfante: “La cosa está hecha (…) los yankis gritarán por el triunfo (. . .) pero son ellos los que pierden más a causa de nuestra deci­sión (...) Estados Unidos ha tomado la delantera en vano; volveremos a unir a América y Europa.”[[4]](#footnote-5)

Sería difícil imaginar un ejemplo más espectacular de hegemonía comercial en las altas esferas políticas o el uso de una supremacía política informal en los grandes intereses comerciales. No es casual que el reconocimiento britá­nico de Buenos Aires, México y Colombia haya tenido lu­gar por medio de la firma de tratados comerciales.

A mediados de la época victoriana existió, tanto en la dependencia formal como en la informal, un esfuerzo muy grande para penetrar al interior de los continentes, extender allí la influencia británica desde los puertos, y desarrollar las regiones interiores. La estrategia general de este desarrollo era convertir estas áreas en satélites económicos complementarios que proveerían a Gran Bretaña de materias primas y alimentos, además de ensanchar el mercado para sus manufacturas. Según la interpretación ortodoxa, la expansión como arma política estuvo inactiva durante este período. De hecho, desde el punto de vista del desa­rrollo informal, esa inactividad no existió. Una vez forzada la entrada a América Latina, China y los Balcanes, se intentó promover gobiernos estables como forma de garantizar las inversiones, así como en los Estados más débiles se consideró necesario obligados a tomar actitudes de mayor coopera­ción.

No obstante, se cometieron varios errores en América Latina. El impacto de la expansión británica en la Argenti­na contribuyó al fracaso de la constitución y a sumir al país en la guerra civil, ya que el comercio británico impul­só el desarrollo del litoral, en tanto que las regiones del in­terior quedaron rezagadas. El cese de inversión de 1827 y la exitosa revolución en contra del puerto de Buenos Ai­res[[5]](#footnote-6) bloqueó posteriores inversiones británicas. El acceso al poder del general Rosas arruinó el marco institucional que el plan estratégico de Canning había creado de manera tan brillante. El nuevo régimen era no-cooperativo, y sus intenciones hacia Montevideo llevaron el caos al Río de la Plata, motivando así el cierre de esa gran arteria para el co­mercio. Todo esto provocó una serie de intervenciones di­rectas por parte del gobierno británico durante la década de 1840, en un esfuerzo por reestablecer el comercio en el Río de la Plata; pero, de hecho, fue el interés que desperta­ra el comercio británico en sí mismo -más que la acción imperialista informal de los gobiernos británicos- lo que, en este caso, normalizó la situación al sacar a Rosas del poder.

La política británica en el Brasil se tornó conflictiva de­bido a su falta de tacto en el intento de llevar al gobierno de Río de Janeiro a abolir la esclavitud. A pesar del predominio económico, la eficacia de esa política se fue debilitan­do a causa de la interferencia de grupos humanistas británi­cos. Sólo en 1856 se fortaleció el control económico sobre Brasil por la implantación de los ferrocarriles; éstos fueron financiados y operados por compañías inglesas, asimismo fueron promovidos y estimulados por generosas concesio­nes del gobierno de Brasil.

Las economías de los Estados de América Latina se in­corporaron, al fin, al mundo económico gracias al desarro­llo de los ferrocarriles y los barcos a vapor. Una vez que se incrementaron sus exportaciones y la inversión extranjera fue una realidad, se operó un rápido crecimiento económico. En la década de 1880, la Argentina pudo duplicar sus exportaciones e incrementar su deuda externa, aunque el precio de la carne y los cereales estaban en baja.[[6]](#footnote-7) Hacia 1913, el imperialismo informal en América Latina, considerada globalmente, era tan importante para la economía británica, que se habían invertido 999 millones de libras -casi una cuarta parte de la inversión total- en esa región.[[7]](#footnote-8)

Como era lógico, esta inversión estaba concentrada en países como Argentina y Brasil, cuyos gobiernos (incluso después de la crisis de 1891 en Argentina) habían colaborado en el proceso de expansión. Por este motivo, no había necesidad de intervenir con brusquedad en salvaguarda de los intereses inglesés. Una vez que las economías locales dependieron lo suficiente del comercio exterior, las clases favorecidas por esa dependencia se encargaron de preservar las condiciones políticas locales que ella requería. En todo caso, la intervención británica se fue dificultando en la medida en que Estados Unidos logró que otros go­biernos asumieran más seriamente la doctrina Monroe. La disminución de la intervención directa sobre los negocios de los miembros más destacados del imperio comercial es­taba relacionada con el abandono del control político di­recto sobre esas regiones del imperio formal, en donde el éxito conseguido era tal que se les permitía tener sus pro­pios gobiernos. Pero en América Latina, los gobiernos británicos intervinieron para proteger sus intereses cuando fue necesario; hacia la década de 1870 se intervino en Guate­mala y Colombia en salvaguarda de los intereses de los tenedores de bonos. Lo mismo ocurrió entre 1910 y 1914 en México y Honduras.

Las clases de imperios informales y las situaciones a las que llegaron para poder operar fueron tan variadas como el éxito que obtuvieron. Aunque la penetración económica y financiera tendió a la cooperación y hegemonía políticas, hubo algunas excepciones. En Estados Unidos, por ejem­plo, los intereses británicos explotaron el algodón del sur en términos de una economía colonial, e intentaron repetir la experiencia en el oeste medio. Pero la fortaleza política del país lo impidió. Era imposible frenar la industrializa­ción de la nación, y los sectores industrializados impusie­ron con éxito sus tarifas en desmedro de los sectores com­prometidos con el comercio inglés. En igual sentido, el po­der político norteamericano impidió el intento británico de establecer una dependencia informal con Texas, México y Centroamérica.

Contradictoriamente, la expansión británica fracasaba si obtenía una supremacía política no acompañada de una exitosa penetración comercial. Hubo hechos espectaculares en la política británica en China, pero no pudieron formar nuevos clientes. La estrategia sobre China fracasó en su ob­jetivo de destruir la autosuficiencia económica del país. La Guerra del Opio en 1840 y 1857 amplió las posibilidades del comercio británico pero no consiguió eliminar las ex­portaciones chinas. La consecuencia más importante fue desafortunada para los intereses ingleses ya que las presio­nes ejercidas sobre la sociedad china fueron excesivas, tal como lo demuestra, irrefutablemente, la rebelión de Tay­pyng.[[8]](#footnote-9) Es importante remarcar que esta debilidad fue considerada en Londres como un contratiempo y no como una base desde donde lograr nuevas concesiones. De hecho, los británicos trabajaron para apuntalar al tambaleante régimen de Pekín, porque, como dijo lord Clarendon en 1870, "los intereses británicos en China son estrictamente comerciales o circunstancialmente políticos en el sentido de proteger el comercio".[[9]](#footnote-10) El valor de esta autonegación se hizo claro en las décadas siguientes cuando el gobierno de Pekín amenazó con una lucha en China, apoyado cada vez más en el respaldo diplomático del honesto cónsul bri­tánico.

La simple enumeración de estos casos de expansión eco­nómica ayudada de una u otra forma por la acción política es suficiente para poner de manifiesto lo inadecuado de la teoría convencional según la cual el libre comercio podría prescindir del imperio. Hemos visto que no fue así. La expansión económica de mediados de la época victoriana se cambió con una correspondiente expansión política que ha sido pasada por alto porque no podía ser apreciada por ese estudio de mapas que, según se dice, vuelve locos a los hom­bres cuerdos. Es absurdo deducir a partir de la armonía en Londres y las colonias blancas de mediados de dicha época, una posible renuencia británica a intervenir en el campo de sus intereses. Los buques de guerra en Cantón son tanto una parte del período como el gobierno autónomo para Canadá; los campos de batalla del Punjab son tan reales como la abolición de Suttee.[[10]](#footnote-11) ­

Lejos de ser una era de “indiferencia”, los años de mediados de la época victoriana fueron el escenario decisivo en la historia de la expansión británica en ultramar, en donde la combinación de la penetración comercial y la influencia política permitieron al Reino Unido imponer aquellas eco­nomías más convenientes a la propia. Para efectivizar esta dominación emplearon una serie de técnicas adaptadas a diversas condiciones e iniciadas en diferentes fechas. En Malacca establecieron supremacía con centro en Singapur; soberanía sobre gran parte de Africa occidental lejana al puerto de Lagos y respaldada por el escuadrón africano. Sobre la costa oriental de África, la influencia británica en Zanzíbar, dominante gracias a los esfuerzos del cónsul Kirk, colocó la herencia del comando árabe en el continente a disposición británica.

Pero tal vez la técnica política más usual de la expansión británica fue el tratado de libre comercio y amistad hecho con lo impuesto a un Estado más débil. Los tratados de Persia de 1836 y 1857, los turcos de 1838 y 1861, el trata­do japonés de 1858, los favores conseguidos en Zanzíbar, Siam y Morocco, los cientos de tratados antiesclavistas firmados con cruces por jefes africano: todos permitieron al gobierno británico el comercio con estas regiones.

Por otra parte, un comercio valioso con una región pue­de dar lugar a un comercio similar con otra que podría ser políticamente restringida con mayor facilidad. El comercio ruso del grano, por ejemplo, fue extremadamente útil para Gran Bretaña. Pero la negativa rusa a oír hablar de libre co­mercio y la incapacidad británica de forzarlos a aceptarla, provocaron esfuerzos para desarrollar en su reemplazo el grano del imperio otomano, ya que la presión británica en Constantinopla había conseguido hacer volver a los turcos a una política de libre comercio.[[11]](#footnote-12) La dependencia del trust comercial sobre el brazo político dio como resultado una tendencia general a que el comercio británico siguiera la invisible bandera del imperio informal.

Ya que la época victoriana aparece en la actualidad co­mo un momento de gran expansión comercial, se hace necesario revisar también nuestra apreciación sobre la deno­minada era imperialista. Aquellos que aceptan el concepto de "imperialismo económico" nos harían creer que las ane­xiones de fines de siglo representaron un marcado cambio en la política, debido a la decadencia del libre comercio, a la necesidad de proteger la inversión extranjera y al convencimiento de los hombres de Estado sobre la necesidad incontrolada de arrebatar tierras. Todas estas explicaciones son cuestionables. En primer lugar, la política tarifaria de Gran Bretaña no cambió. Otra vez, la inversión extranjera británica no era cosa nueva y la mayor parte de ellas aún fluía hacia regiones fuera del imperio formal. Por último, la conversión de los hombres de Estado a la política de anexión en extenso era parcial, en su mayor parte. Hasta 1887, y sólo ocasionalmente después de esa fecha, los lí­deres partidarios mostraron un poco más de entusiasmo por extender la dominación británica que los de mediados de la época victoriana. Salisbury estaba enfurecido por la "filantropía superficial" y la "picardía" de los "fanáti­cos" que defendían la expansión.[[12]](#footnote-13) Presionado a apoyar­ las misiones en Nyasalandia en 1888 respondió: "No es nuestro deber hacerlo. Tendríamos que efectuar grandes sacrificios con un beneficio dudoso."[[13]](#footnote-14) Después de 1888, Salisbury, Rosebery y Chamberlain aceptaron la lucha por África como una dolorosa e inevitable necesidad surgida de la amenaza de expansión foránea y la tendencia irreprimi­ble de que el comercio sobrepasara los límites del imperio, arrastrando al gobierno a nuevos y tediosos compromisos. Pero sólo en 1898 adquirieron la confianza suficiente de encarar la reconquista de una región de vital importancia como lo es el Sudán.

Enfrentados a la posibilidad de la adquisición foránea de tierras tropicales, hasta ese momento abiertas a los comer­ciantes británicos, el gobierno de Londres utilizó todos los recursos posibles para evitar la necesidad de la expansión formal y mantener de igual manera la supremacía británica en esas regiones. La política británica de mediados y fines de la época victoriana prefirió los métodos informales de extender la supremacía imperial más que el dominio directo. A lo largo de los dos períodos ya mencionados, la expansión del dominio británico formal fue el recurso último, y ha sido este accionar el que ha dado lugar a tantas conjeturas "antiexpansionistas" hechas por ministros victorianos. Lo que no tienen en cuenta estas reiteradas observaciones es que en la práctica, los hacedores de la política británica de mediados y fines de la época victoriana no se negaban a extender la protección del dominio formal sobre los intere­ses británicos cuando los métodos informales habían dejado de inspirar seguridad. El hecho de que las técnicas infor­males eran, en general, más que suficientes para estos pro­pósitos en las circunstancias de mediados de siglo más que en el período formal, cuando se intensificó el enfrentamien­to a la supremacía británica, no debería permitir que se disfrazara la continuidad básica de la política. Los gobiernos británicos trabajaron siempre para establecer y mantener la supremacía británica por los medios más convenientes, se­gún las circunstancias de sus diversas regiones de interés. Los objetivos de los hombres de mediados de la época victoriana no fueron más "antiimperialistas que los de sus sucesores", a pesar de que pudieron lograrlos informalmente con mayor frecuencia; y los de fines de la época victoriana no fueron más "imperialistas" que los de sus predecesores, aunque se vieron obligados a anexar más frecuentemente. La política británica siguió siempre el principio de extender el con­trol informalmente si fuera posible y formalmente si fuera necesario.

Llamar al primer método "antimperialista" y al segundo "imperialista" es ignorar el hecho de que cualquiera fuera el método, los intereses británicos estaban firmemente protegidos y extendidos. La forma de asumir la política imperial de libre cambio como "comercio y no dominación" de­bería ser "comercio con control informal si es posible; comercio con dominación cuando es necesario”. Este enunciado de la continuidad de la política es más convincente que la explicación simplista de expansión involuntaria inherente a la interpretación ortodoxa, basada en la disconti­nuidad entre ambos períodos.

Sin embargo, tanto Salisbury como Gladstone, Knutsford como Derby y Ripon, en la llamada "era del imperialis­mo", agotaron todos los medios informales para asegurar las regiones de comercio británico en África, antes de admitir que era indispensable hacer nuevas anexiones. Un plan era obtener garantías de libre comercio y acceso como recompensa por haber reconocido los reclamos territoriales foráneos, plan que tenía la ventaja de cargar a los gobiernos extranjeros con la responsabilidad del dominio, dejando a los bretones las ventajas comerciales. Esto fue lo que se hi­zo en el tratado angloportugués de 1884, en el acuerdo del Congo de 1885 y 1886. Otro método para evadir la exten­sión del dominio formal fue la exclusiva esfera de influen­cia o protectorado reconocido por las potencias foráneas. A pesar de que en un comienzo éstas no impusieron res­ponsabilidad alguna para pacificar o administrar tales regiones, lo efectuaron después de 1885, con los cambios en la ley internacional. El otorgamiento, entre 1881 y 1889, de títulos a empresas privadas autorizándolas a administrar y financiar nuevas regiones bajo licencia imperial, marcó la transición de los métodos informales a los formales de res­paldar la expansión comercial británica. A pesar de los intentos de "imperialismo barato”, el desafío foráneo a la supremacía británica en África tropical y la ausencia com­parativa en esa región de organizaciones políticas propias de gran poder como las que habían servido en otras partes a la expansión informal, condujeron, finalmente, al dominio formal.

De todo esto se desprende claramente el siguiente principio: sólo cuando y donde fracasan los métodos políticos informales de proveer un marco de seguridad a los intereses británicos (ya sean comerciales, filantrópicos o simplemen­te estratégicos) surge a cuestión del imperio formal. En re­giones satélite, habitadas por europeos, como América La­tina o Canadá, por ejemplo, se establecieron estructuras gubernamentales fuertes; por otra parte, en la totalidad de las áreas no europeas la expansión desencadenó fuerzas tan desorganizadas sobre las estructuras nativas que tendían a desgastarse y hasta a fracasar en la práctica. En muchos ca­sos esta tendencia explica la extensión de la responsabili­dad británica informal y hasta el cambio del control indi­recto al directo.

En África, durante el período posterior a 1880, este pro­ceso de transición se manifestó en forma muy marcada. En la década de 1870, los préstamos foráneos y las bancas fraudulentas habían conseguido destruir las finanzas en Egipto y derrocaban, paulatinamente, su aparato político. El control financiero anglofrancés, destinado a salvaguar­dar los intereses de los invasores extranjeros y a convertir a Egipto en una plaza financiera segura, provocó un senti­miento antieuropeo. Como consecuencia de la rebelión de Orabi Pasha en 1881, la gestión del jedive[[14]](#footnote-15) ya no garanti­zaba el control del más importante de los canales ni la se­guridad de los inversionistas foráneos.

Los motivos para la ocupación británica de 1882 fueron variados y confusos. Por un lado, el deseo, evidenciado mu­cho antes que la búsqueda de beneficios por parte de Disraeli, de dominar el canal; luego, los intereses de los inver­sores, y, por último, la gran ansiedad de anticiparse a cual­quier otra potencia extranjera, especialmente a Francia, en tomar ventaja de la anarquía prevaleciente en Egipto que le permitiera fortalecer su poder y cortar la ruta británica en la India. Casi todo el gabinete de Gladstone admitió la necesidad de la intervención británica, aunque por diferen­tes razones. Y éste, con el objeto de consolidar su ministe­rio, dio la aprobación.

La expedición británica tuvo el propósito de instaurar un gobierno estable en Egipto, bajo la ostensible gestión del jedive y dentro de la esfera de influencia informal de Gran Bretaña. Cuando esto se hubiera logrado, cesaría la intervención militar. Pero la expedición había quebrantado de tal modo la estructura del gobierno egipcio, que ningún poder carente del apoyo directo británico podría convertir­se en instrumento de hegemonía informal viable y confia­ble. De esta manera, el gobierno liberal, aferrado a su plan, que sólo había sido cuestionado en un marco de desacuer­dos ministeriales, llevó adelante una prolongada ocupación que, en realidad, habían intentado evitar. De hecho, la po­tencia ocupante se convirtió en responsable directa de la defensa, las deudas y el desarrollo del país. El pésimo efec­to de la política británica fue resumido de manera brillante por Gladstone: “Hemos hecho nuestro negocio en Egipto y somos un gobierno egipcio."[[15]](#footnote-16) Este país es un claro ejemplo de cómo una estrategia informal fracasa debido a la indefinición del Estado satélite en lo que respecta a la in­versión y a la reacción seudonacionalista en contra de la in­fluencia extranjera. En las décadas de 1880 y 1890 la cues­tión egipcia, por estar relacionada con las rutas a la India y con la defensa del Imperio Indio, recibió la máxima priori­dad en la política británica. Con el objeto de defender el comercio y el imperio británicos en muchas ocasiones se aceptaron los reclamos de África y el Pacífico. En 1884, por ejemplo, el Ministerio de Relaciones Exteriores decidió que la vulnerabilidad británica en Egipto desaconsejaba competir con las potencias foráneas en la incipiente lucha por África occidental. Por tanto, se propuso "(. . .) limitar­nos a asegurar la máxima libertad de comercio en esa costa (occidental), dejando a los demás las responsabilidades te­rritoriales y buscando compensación en la costa oriental (. . .) donde el futuro político del país es de capital impor­tancia para los intereses imperiales y de la India".[[16]](#footnote-17) La po­lítica británica no era de posesión indiscriminada de la tierra. Por cierto, la penetración en Uganda y el valle del Ni­lo fue un plan altamente selectivo, tal como lo demuestran los reclamos del África occidental británica concedidos a Francia y la transferencia de parte del África oriental a Alemania.

De este modo, la época victoriana aparece como una eta­pa de gran expansión comercial. Los fines de la misma, no parecen introducir ninguna novedad en dicho proceso de expansión. La anexión de vastos territorios subdesarrolla­dos que han sido tomados corno prueba de que ésta ha sido la era de la gran expansión, ahora carecen de significado, si nuestro análisis no está equivocado.

Es cierto que el área del dominio imperial directo fue ampliada; pero ¿es ésta la característica más importante del desarrollo de la expansión en este período? El simple hecho histórico de que África fuera el último territorio de penetración europea no significa que haya sido el más importante. Esto sería una verdad de perogrullo si no fuera que el fundamento básico de la escuela de Hobson radica en ejemplos africanos. Por otra parte, opinamos que el pro­ceso de expansión alcanzó sus máximos objetivos mucho antes de plantearse el dominio de una zona periférica y marginal como lo es el África tropical. Por ende, los argu­mentos basados en la técnica adoptada en la lucha por África adquirirán una importancia secundaria. En conse­cuencia, el historiador que busque los significados más pro­fundos de la expansión a fines del siglo XIX debería consi­derar no el surgimiento de los reclamos en la jungla africa­na, sino la exitosa explotación del imperio, tanto formal como informal, que se iba perfilando en la India, América Latina, Canadá y demás regiones. La tarea más importante del imperialismo en la llamada época expansionista residió en el desarrollo intensivo de las áreas ya ligadas al mundo económico, más que en la anexión extensiva de las restan­tes zonas marginales en África. Ya se habían obtenido los mejores logros; en el África tropical, los imperialistas estaban, simplemente, raspando el fondo del barril.

1. V. T. Harlow, The Founding of the Second British Empire, 1763-1793 (1952) pp. 62-145. [↑](#footnote-ref-2)
2. Citado en A. K. Manchester, *British Pre-eminence in Brazil*, (Chapel Hill, 1933), p. 90. [↑](#footnote-ref-3)
3. Citado en W. W. Kaufman, British Policy and the Independence of Latin America, 1804-1828 (New Haven. 1951), p. 178. [↑](#footnote-ref-4)
4. Citado en J. F. Rippy, *Historical Evolution of Hispanic America* (Oxford, 1946), p. 374. [↑](#footnote-ref-5)
5. M. Burgin, *Economics aspects of Argentine Federalism* (Cambridge, Mass., 1946). Edición en español: M. Burgin, *Aspectos económicos del federalismo argentino*, Buenos Aires, Hachette. [↑](#footnote-ref-6)
6. J. H. Williams, Argentine lnternational Trade under Inconvertible Paper Money. 1880-1900 (CambridRC, Mass., 1920). Cf. W. W. Rostow, The Process al Economic Growth (Oxford , 1953). Edición en español: W. W. Rostow, El proceso de crecimiento económico, Madrid, Alianza. [↑](#footnote-ref-7)
7. J. F. Rippy, "British Investments in Latin America, end of 1913", *Interamerican Economics Affairs*, (1951), V, 91. [↑](#footnote-ref-8)
8. J. Chesnaus, «La Revolution Taiping D´apres, quelques travaux recents», Revue Histarique, CCIX, (1953), 39, 40. [↑](#footnote-ref-9)
9. Citado en N. A. Pelcovits, *Old China hands and the Foreign Office* (Nueva York, 1948), p. 85. [↑](#footnote-ref-10)
10. Costumbre india de inmolar a la viuda en la hoguera de su marido (T.) [↑](#footnote-ref-11)
11. V. J. Puryear, lnternational Economics and Diplomacy in the Near East (1953), pp. 216-217, 222-223. [↑](#footnote-ref-12)
12. Citado en Cromer, *Modem Egypt* (1908), I, 388. [↑](#footnote-ref-13)
13. Hansard, tercera serie, CCCXXVIII. col. 550, 6 de julio de 1888. [↑](#footnote-ref-14)
14. Título dado al virrey de Egipto (T.) [↑](#footnote-ref-15)
15. Citado en S. Gwynn y G. M. Tuckwcll, *Life of Sir Charles Wentworth Dilke* (1917), II, 46. [↑](#footnote-ref-16)
16. Imprenta Confidencial del Ministerio de Relaciones Exteriores (África Oriental), 5037. [↑](#footnote-ref-17)